

SUGESTIONES

(Caracteres y paisajes)

POR

F. GARCÍA Y GARCÍA

MCMXXIV

SUGESTIONES

Caracteres y paisajes

POR

F. GARCÍA Y GARCÍA

BIBLIOTECA
DE
MANUEL GARCÍA Y GARCÍA

1924

PRÓLOGO DE JORDÉ

ES deseo del autor, nuestro amigo y compañero de tareas periodísticas, Francisco García, que escribamos el prefacio de este libro, que es el primero que publica. Confesamos que somos enemigos de prólogos que no sean escritos por el propio padre de la criatura, por el que ha engendrado la obra. Pero en el presente caso no podemos esquivar el afectuoso requerimiento.

Para presentar a Francisco García carecemos de autoridad, por una parte, y, por otra, huelga la presentación, porque él no la necesita. Es ya ventajosamente conocido por su labor literaria y periodística, que comparte con su profesión de abogado de brillante porvenir, porque es joven y tiene talento y cultura.

Hace tiempo que Francisco García empezó a destacar su personalidad de escritor de clara visión, de agudo ingenio satírico, de bien cultivado entendimiento, de estilo diáfano, preciso y elegante. En las polémicas témesele por la intención acerada de su pluma, por su cáustica ironía y por su sátira desenfadada. Ha escrito artículos como cantáridas, que han levantado la piel y algo más. Le gusta la lucha y es periodista de combate que, frente al adversario que le ataca, se crece brioso. Las agresiones no le intimidan; las recibe sereno y las rechaza enérgico.

Seremos parcios al hablar del libro de Francisco García para no ofrecer pasto a la malicia vulgar que pueda ver en merecidos elogios, no critica imparcial y justa, sino interesada amistad y compañerismo, algo así como el «hoy por tí y mañana por

mi» de la desacreditada sociedad de «bombos mutuos». Después de todo, el lector es el que ha de juzgarlo en definitiva y de nada valen las alabanzas anticipadas y convencionales si las ha dictado un sentimiento ajeno al de la verdadera crítica, que aquilata méritos imparcialmente.

El libro está escrito en forma epistolar y se lee con creciente interés. A través de sus páginas, a veces melancólicas, a ratos irónicas, en ocasiones sentimentales, descúbrese un poco de amarga filosofía. Para vivir feliz cree, como el poeta-filósofo, que no se debe analizar; pero Francisco García, al igual que Campoamor, se inclina a analizarlo todo con mirada escéptica. ¿Qué espíritu superior no analiza las cosas y los seres que se agitan a su alrededor?

Escribe desde el campo, lejos del bullicio de la ciudad, y dice:

VII

«Para los que poseen la alta virtud de no ver lo que miran y llevan dentro de sí la saludable irresponsabilidad de sus almas simples, formadas de una sola pieza, toda hora es buena. Para ellos la vida es una continua afirmación, un minuto siempre igual que se prolonga en el tiempo hasta la muerte. Comen y duermen, van alguna vez al teatro y guardan dinero. De tales es el reino de la tierra y el del cielo».

Recomienda a su amigo que ninguna grave preocupación altere la tranquilidad de su ánimo, y agrega:

«No dudes nunca de nada ni pongas tu atención en examinar lo que ocurra a tu alrededor. Entonces vivirás bien y serás feliz. Todo momento es feliz cuando no se persigue a la felicidad. No pienses nunca en mañana y confórmate con tu vivir de hoy. Cree en la amistad de tus amigos y en el cariño de tu mujer,

aunque tu mujer te aborrezca y te traicionen tus amigos, y así, a fuerza de que pregones tu felicidad, terminarán por no aborrecerte ni traicionarte».

Describe el paisaje con sobrias pinceladas, habla de los libros muy discretamente y los llama «camaradas amables que nos van mostrando silenciosamente el misterio de sus páginas, hasta depositar en nuestro espíritu el tesoro que acumulan». Más que el espectáculo de la Naturaleza parece interesarle la farsa social, la divertida comedia humana, las pasiones y los odios de los hombres. Hay en el libro curiosos atisbos psicológicos.

Juzga las acciones humanas con piadosa benevolencia, porque los hombres suelen ser juguetes inconscientes del destino o de sus vicios adquiridos o fatalmente heredados. A su entender el alcohol, la sífilis y el hambre explican muchos fenómenos

sociales. Enfoca, en certero juicio, el panorama de la ciudad con sus luchas estériles y sus intrigas, el ambiente negativo en que la prensa local desenvuelve sus actividades y la indolencia e incomprensión general. Observa sagazmente la vida social en el pueblo desde donde escribe, y dice que también en él «crece y prospera, como planta ruin, la maledicencia». En la ciudad hasta la maledicencia es distinta y más nociva.

Sobre la crítica en materia de arte discurre juiciosamente. Con gracia salpimentada traza el cuadro de la sociedad literaria «Reclamo mútuo y recíproco» y de los métodos que emplea. Al ocuparse de los valores estéticos, más o menos legítimos, derrama las sales de su sátira. Acerca de la incultura, de la desorientación, del mal gusto en las construcciones urbanas y del aislamiento geográfico y espi-

ritual en que se vive en Las Palmas, hace atinadísimas observaciones.

En algunos momentos antójasenos un sembrador de nobles inquietudes, deseoso de que se forme entre nosotros un ideal colectivo que, por desgracia, no existe. Con ternura evoca los años pasados, las remembranzas de la niñez lejana. «Cultiva siempre--exclama con emoción--estos afectos a las cosas de la infancia y es posible que alguna vez necesites de ellos para paliar un minuto de tristeza».

A la muerte de Tomás Morales dedica un sentido recuerdo. De los versos del malogrado poeta dice que «aprimaron, en prisión de oro, todos los sentimientos. Y en una gama completa de matices despertó todas las emociones y engrandeció lo vulgar y lo cotidiano, porque su obra entera es un empeño de idealización, un ansia de que nada quedara mezquino a los ojos de los demás.»

Hay en el libro ideas propias y penetrante observación de la realidad. En castiza y limpia prosa expresa Francisco García lo que piensa y lo que siente. En conclusión: todas las cartas están serenamente pensadas y hermosamente escritas.



SUGESTIONES





I

TRES días hace que disfruto de esta vida apacible, entre hombres rudos que tienen para el Sol en cada mañana un saludo de viejos camaradas y para la tierra ternuras de padres solícitos que cuidan de sus hijos con la esperanza de una recompensa futura que proporcione vejez reposada.—Se trabaja mucho, señor—me decía ayer uno de estos labriegos que vino a descansar a la sombra de mi casa después de una faena empezada desde el alba.—La tierra es agradecida y devuelve con generosidad

(3)

F. García y García

los cariños que le prodigamos. Pero ha de entregarse uno a ella esclavizado a sus exigencias. Hemos de regarla con nuestro sudor para que la simiente no quede agotada en las entrañas reseca. Y luego, señor, no llueve, no llueve nunca... Y cuando las nubes se muestran propicias, el agua arrastra hacia el mar la cosecha y la tierra. ¡Si viera usted la falta que hace en verano el agua que en invierno se heben insaciables las barranqueras!. Siempre vivimos entre dos peligros: si Dios envía sobre los campos la bendición de la lluvia, hemos de desear que no siga el agua cayendo en los surcos, y si la sequía es pertinaz, el ganado se diezma irremediabilmente en las montañas estériles y se pierden los sembrados en la llanura sedienta.

Luego me hace observar que este invierno ha si-

Caracteres y paisajes

do diferente, porque el agua no ha dañado los trigales y se llenarán con la cosecha los graneros. Y señala para corroborarlo los campos ubérrimos, que se hundén a trechos o trepan diligentes para ganar lo alto de una montaña y precipitarse otra vez al fondo de una cañada en ondulaciones caprichosas que se repiten hasta alcanzar la línea del mar. El mar es el fondo de este paisaje espléndido. Al pie mismo del caserío, y frente a él, se abre, anchuroso y profundo, el cauce de un barranco, cuya margen opuesta es el límite de una planicie parcelada en la que el trabajo cotidiano va preparando las abundantes recolecciones. Diseminadas en la extensión de este campo verde, las viviendas escondidas en el laberinto de espigas solo dejan ver el color rojo de sus tejados, como amapolas de extrañas proporcio-

F. García y García

nes. Cerca, un bosque de tilos ofrece el amparo de su sombra y un lecho de hojas secas para el descanso.

Tengo por cierto, amigo mío, que pronto las fuerzas volverán a mi organismo gastado. Yo espero el milagro en esta naturaleza exuberante. Me alegra enormemente la perspectiva de los días que han de venir para mí, sin la presencia molesta de rostros antipáticos ni la proximidad de las ruindades ajenas. Entregarme a esta vida que empieza y conservar tu amistad ha de ser mi única preocupación. Lo que te escriba será como el recuerdo perdurable de mi estancia en este pueblo.

Cuando pasen muchos años, me dejarás leer este epistolario. Yo, en cambio, te viviré agradecido.



II

Estos días de campo después de un largo y continuado ajeteo en la Ciudad aligeran el espíritu maculado por las impurezas que vamos recogiendo en nuestro camino, tan lleno de asperezas y de recovecos tortuosos. Para los que poseen la alta virtud de no ver lo que miran y llevan dentro de sí la saludable irresponsabilidad de sus almas simples, formadas de una sola pieza, toda hora es buena. Para ellos la vida es una continua afirmación, un minuto siempre igual que se prolonga en el tiempo hasta la muerte.

(7)

F. García y García

Comen y duermen, van alguna vez al teatro y guardan dinero. Para tales es el reino de la tierra y el del cielo.

Procura, mi amigo, que ninguna grave preocupación venga a alterar la tranquilidad de tu ánimo. No dudes nunca de nada ni pares tu atención en examinar lo que ocurra a tu alrededor. Entonces vivirás bien y serás feliz. Todo momento es feliz cuando no se persigue a la felicidad. No pienses nunca en mañana y confórmate con tu vivir de hoy. Cree en la amistad de tus amigos y en el cariño de tu mujer, aunque tu mujer te aborrezca y te traicionen tus amigos, y así, a fuerza de que pregones tu felicidad, terminarán por no aborrecerte ni traicionarte.

En fin, amigo mío, estos días lluviosos en los que el sol no luce, son malos consejeros, porque ha-

Caracteres y paisajes

cen engendrar amargas ideas y dan a las cosas apariencias extrañas. Ayer aproveché unas horas de la tarde y fui de excursión a sitio un poco lejano de aquí. Primero, carretera adelante y a gran velocidad, en automóvil. Después, cabalgando lentamente en un caballo que avanzaba con pesadez desesperante. A semejanza de esto, hay quien pasa por la vida velozmente, viajero en automóvil o en exprés, viendo el paisaje desde lejos y sin detenerse un día en donde estuvo el anterior. Pero también algunos van contando las piedras del camino y enredándose en los zarzales de las veredas, caballeros en malas bestias que jamás levantan la vista del suelo ni sienten la alegría de un día de sol.

Por las calles de este pueblo pasan los campesinos, retratada en sus rostros la monotonía de eter-

F. García y García

nos días sin emociones. Todos los años la misma cosecha y un hijo más en el hogar, que cuidará mañana de la yunta. Gentes que no han sufrido siquiera un desengaño porque jamás sintieron el calor de una ilusión. Se casaron porque un solo brazo no puede estar en todo y los hijos atienden a la labranza, y la madre los viste de limpio cada ocho días. Nunca abrigaron celos ni sintieron cariño. ¿Son, acaso, felices?





III

EN este ambiente de absoluta tranquilidad y frente al paisaje agreste que cortan abruptos peñascales, parecenme los libros más sabios y como poseídos de una mayor generosidad para darse a quien los tenga por amigos. Son los libros camaradas amables que nos van mostrando silenciosamente el misterio de sus páginas, hasta depositar en nuestro espíritu el tesoro que acumulan. Pero guardan un último secreto para quien se entregue a ellos con el ánimo en recogimiento, y son agradecidos y pró-

(11)

F. García y García

digos, porque nos dan fortaleza por las horas que nos roban.

He leído ayer «Los Irresponsables», novela de Pedro Mata, que me parece un escritor sincero, dominado por un raro afán de despertar extrañas emociones y descubrir nuevos aspectos en los sentimientos más vulgares. Y en los motivos al parecer agotados encuentra tal vez sin esfuerzo, ricos filones que explotar, ignotos raudales de sensaciones que ofrecer a los que le leen frecuentemente.

En esta novela hace desfilar el escritor a una serie de sujetos de diversa constitución moral, de tipos anormales aunque aparentemente equilibrados, cuya dolencia les late en la profundidad del alma como fiera en acecho. Son, amigo mío, pobres temperamentos cerca de los cuales la tragedia está siem-

Caracteres y paisajes

pre rondando, latente y dispuesta, para producirse en el primer momento propicio. Espíritus que han de recorrer necesariamente una trayectoria,—sin que pueda ser otra, sin que la voluntad acierte a poner un freno en la conducta—estas pobres vidas tormentosas están en perpetuo, en incurable caos cerebral. Y la sociedad comete con ellas enormes injusticias, porque desgraciadamente la ciencia penal, en nuestra nación al menos, al aparecer informada por los mismos principios de cuatro siglos atrás, no ha estudiado aun los distintos grados de responsabilidad que pueden apreciarse en estas almas tenebrosas, que ejecutan la acción más laudable o el crimen más repugnante sin que la decisión consciente ponga en ello la menor parte.

La lectura de otro libro me ha dado la verdade-

F. García y García

ra significación científica de la novela de Mata. Es una recopilación de trabajos publicados casi todos en una revista profesional por escritores y académicos franceses, y se intitula «Relaciones del Derecho Penal con el alcoholismo». Son unas páginas inquietantes y crueles, en las que verdades amargas se deslizan sin perifollos literarios, hirientes y descarnadas. Se refiere en este libro cómo va el alcohol quemando, hasta carbonizarlas, las entrañas de sus víctimas, y por qué proceso van apareciendo en el cerebro de muchos alcohólicos las más espantables tentaciones al crimen, para entregarse luego a la labor de destruirlo todo, animados por la loca pretensión de aniquilar a la sociedad.

Ya sabes, amigo querido, el motivo de tantas y tan crueles degeneraciones, a cuya presencia tu áni-

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

mo se habrá contristado seguramente más de una vez. El alcohol trasmitido por herencia, el hambre acumulada en muchas generaciones y la sífilis extendida infinitamente, conducirán a un funesto agotamiento de energías que ha de producir razas miserables y depauperadas, colectividades macabras de tuberculosos, donde albergarán almas dispuestas para todo mal.

Te recomiendo la lectura de estos dos libros, y ya has de observar cómo vienes pronto en explicación de muchos fenómenos sociales y de tantas acciones personales que en algún momento te han desconcertado, y lo que tú has creído de una maldad perfecta tal vez haya sido un producto alcohólico refinado por dos o tres generaciones. Y con más amplio criterio juzgarás a los hombres, y habrá en tí más benevolencia, y serás más dispensador...



IV

ALGUNA vez suben hasta mí los ecos de la ciudad, un poco apagados, un poco lejanos. Ello ocurre cuando recibo los periódicos que me envías, y al leerlos, revive en mi mente el espectáculo de las luchas estériles y de las intrigas interminables que van agotando la vida de las grandes poblaciones o el de la incesante actividad y nobles afanes que preparan el engrandecimiento próximo o remoto. Raramente, en cambio, se advierte en nuestra prensa tal cual manifestación artística, como un oasis en la aridez de la existencia ciudadana. Habrás observado, amigo mío, que por indolencia o por una incomprensión habi-

(17)

tual, son nuestros periódicos un tanto indiferentes a toda legítima y verdadera manifestación de arte. En el páramo espiritual de la vida que hacemos, parece como si la prensa tuviera siempre un gesto inhospitalario y hostil para los que portando bellas quimeras, vienen a mitigar un poco este hastío nuestro tan cotidiano y tan insular.

Somos grandes maestros en desdenes, en injustos y crueles desdenes para los nuestros y para los extraños. Aun los mismos prestigios regionales permanecen desconocidos de la generalidad, y los ignoramos o fingimos ignorarlos. Y no se te esconde que sea sequedad de espíritu o abundancia de malas y pequeñas pasiones, es un hecho que nuestros escritores, artistas, hombres de saber verdadero, positivos valores intelectuales, ni se producen ni se mani-

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

fiestan, convencidos como están de la inutilidad de todo esfuerzo en un ambiente tan nuestro y tan negativo. Nunca se ha hecho tampoco entre nosotros una crítica seria en cosas de arte, ni una labor cuidada de depuración ha clasificado jamás por quilates todo el valor de los que valen. Por ello, poco a poco, se ha ido perdiendo el instinto de la diferenciación, y así es que vienen a estar en intolerable maridaje el talento artístico con el más altisonante analfabetismo, y tié-nese por estilista al que sea el más torpe y vano engarzador de palabras.

Tema es éste del que he de hablarte en más de una ocasión. Hoy hago punto. El sol está entrando por los ventanales del corredor, y he de ver si los viejos retratos se han contagiado de la claridad del día, que se esparce a raudales.



V

TAMBIÉN aquí crece y prospera como planta ruin la maledicencia. Te equivocas si supones que la vida en este pueblo está exenta de la baja murmuración que no reconoce el ageno prestigio ni respeta el honrado proceder de los demás. Claro está que en este alejamiento la maledicencia reviste formas un tanto rudimentarias, sin alcanzar el refinamiento ni las complicaciones alarmantes de que va acompañada en otros lugares. En este pueblecito simpático todo se reduce a que cada vecino sabe toda noche lo que han hecho los demás durante el día. Aquí toda la

F. Garcia y Garcia

vida es pública, y la acción generosa o el desliz pecaminoso tienen un sencillo debe y haber sin partidas dobles ni asientos intrincados, que son llevados en cada casa con la más perfecta meticulosidad.

Y digo esto, amigo mío, porque como en este pequeño caserío se presenta tan reducido el círculo donde se mueven las pasiones, nada se esconde a la vista de nadie y la más acabada exactitud preside todas las apreciaciones. La honradez y lo truhanería, el buen proceder y el proceder innoble, aunque se saluden desde lejos y alternen en la esquina de la plaza, no gustan de prolongadas intimidades ni se franquean con demasiada frecuencia.

Pero ahí en la ciudad ¡qué distinto, amigo querido! ¡Qué ruines aspectos revela a veces la murmuración y a qué extremos de injusticia conduce! Toda

Caracteres y paisajes

virtud es negada, y aunque pongas todo tu empeño en hacer de tu vida un ejemplo y toda tu voluntad al servicio de las más estimables cualidades, siempre encontrarás una envidia en tu camino y un despecho en cualquier encrucijada. Y mientras más altas prendas te adornen, más pronto sufrirás difamación, y mientras más transparente sea tu vivir, con mayor ahinco lo obscurecerán, pues ponen en ello toda la constancia de sus almas ruines. Y van buscando de cada hombre el pequeño defecto para hacerle alcanzar proporciones que no tiene, y así es jugador el que no juega y vago el que vive de su trabajo y envidioso el que está contento de su suerte. Y asegurarán que padeces discracia porque un día desprecias-te con acritud a quien se brindó tu amigo y no lo era. Harán por fin que huyan de tí las personas que con

más afanes te quisieron, engañadas o lastimadas no por tus propias acciones, sino por la insana maledicencia de los demás.

Pero no todo es así, amigo, mio por fortuna. Siempre encontrarás quien te tienda una mano y te ofrezca una amistad sincera. No todo es negación. Alguien ha de conocerte como eres, hoy o mañana. La soledad de ahora refinará el espíritu y nos hará más fuertes para otro día.

Y si te encuentras muy solo, te proporciono un amable refugio entre estos árboles que van limitando a los bancales cercanos y pródigos.





VI

He leído que está entre ustedes Francisco Villaespesa, el gran lírico, cuyo nombre se está haciendo desfilan por las columnas de los periódicos como si en una alta aspiración se hubiese querido condensar un ideal estético aquí desgraciadamente no realizado todavía, o realizado si acaso en forma ligera y desordenada.

No sabes tú cómo el nombre de Villaespesa evoca en mí recuerdos siempre latentes, un poco borrosos ya por la distancia de tantas horas como han pasado... Fué en Granada, hace nueve años, cuando

por primera vez oí los versos fastuosos del poeta recitados por María Guerrero, que aquella noche representaba «El Alcázar de las Perlas». Celebrábanse las fiestas del Corpus, que son espléndidas y brillantes bajo aquel cielo luminoso, y era en Mayo, cuando la extraña Ciudad morisca aparece como un inmenso jardín y los bosques de la Alhambra, con sus aromas en triunfo, acarician a Granada, cuyo pasado encierra las más poéticas leyendas que se han forjado en España. En este ambiente de flores y de sol es donde se comprende toda la intensa belleza y llega hasta nosotros la profunda emoción de los versos de Villaespesa.

En Granada está el «Alcázar de las Perlas» soñado por el poeta, la Alhambra maravillosa hecha de un encaje precioso que los árabes tegieron en pie-

Caracteres y paisajes

dra. Y abajo, en el llano, parece como si la ciudad estuviera eternizada, confiando en la inmortalidad de su Palacio para continuar viviendo de la historia en los siglos futuros. Por eso el nombre de este poeta adquiere hoy para mí todo el valor de una evocación en versos magníficos y ardientes, que encierran el espíritu de los árabes soñadores y rencorosos que sabían dar la vida por la gloria y el amor.

Sin duda es aquel el más adecuado escenario para el «Alcázar de las Perlas». La ciudad tiene para mí, además, una inolvidable significación sentimental, porque en ella pasé una época de mi vida. ¿La mejor, acaso? ¿La peor? No lo sé, querido amigo. Mucho alborozo si había en aquellas horas mañaneras de alegre bullicio estudiantil, y alguna melanco-

F. García y García

lía luego, cuando en el silencio de la noche llegaban hasta las habitaciones altas de la hospedería los rumores de todas las fuentes cercanas, mientras leía yo la carta que de la hermanita pequeña había recido aquella tarde...





VII

YA te he dicho , mi buen amigo, que nunca se ha hecho aquí en materia de arte una labor de crítica seria y meditada. Y me parece haberte añadido que por ello andan en mezcolanza los valores negativos con las producciones aceptables y meritorias.

Y he de agregar, que esta confusión ha venido perpetuando entre nosotros la creencia de que es el arte cosa a la que no se debe conceder eficacia alguna en la vida social. La razón es sencilla. Desde el momento que lo detestable se hace pasar repetidamente

F. García y García

por algo bueno y lo que tiene méritos de verdadera obra de arte merece la misma estima de lo que solo sea un intento desgraciado o un esfuerzo sin éxito, no tendremos completamente artistas regionales ni se darán al público en una frecuente comunicación los que en realidad se sienten unidos y coincidentes en el culto a la belleza. Y bien fácil es afirmar que cuando el público empieza a familiarizarse con las obras sin arte, la costumbre de admitirlas sin escrúpulos va creando cierta inconsciente transigencia que es campo abonado para el desarrollo del mal gusto en el que lee y de la despreocupación en los que producen.

En cambio, si la crítica es discreta, está bien inspirada y le alienta como única finalidad valorizar estéticamente la obra artística, se hace sin duda una

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

labor provechosísima de educación, que puede traducirse después de algún tiempo en un mejor estado social, si es cierto que el arte intensamente cultivado y comprendido domeña las pasiones y matiza los sentimientos. Se advierte sobre todo la ausencia de esa crítica orientada y eficaz, en la infundada estimación que nos merecen algunos de nuestros escritores y en el olvido incalificable en que tenemos a los que son artistas de verdad.

Y ocurre entonces, amigo mío, que al verse injustamente preteridos los que valen y están animados por una decidida vocación para consagrarse al arte, van poco a poco perdiendo en entusiasmos lo que ganan en desalientos, y comenzando por dudar de los demás, terminan por negarse a sí mismos, colocados ya en una pendiente de vacilaciones y de pesimismo.

F. García y García

Así ocurre, que estos hombres capacitados quieren seguir una ruta, porque sienten circular por ellos el caudal infinito de ilusiones con que el arte sabe enriquecer a los que son sus elegidos; pero vienen a concluir definitivamente en una estéril, arbitraria anulación, que la incultura ambiente favorece en un alarde de ignorancia y de torpeza.

Recluidos los meritísimos, salen en avalancha los artistas adocenados a conquistar la opinión, llevando como única arma para obtener el triunfo una desmedida vanidad y por viático un tropel de ideas que producen el amargo sabor de las digestiones mal terminadas. Irrumpen entonces pretendiendo notoriedad, que es la suprema y mezquina aspiración de muchos y artísticos farandulismos. Y ya están los malos artistas vendiendo por oro fino lo que es me-

Caracteres y paisajes

tal innominado y poniendo al arte en caricatura y mixtificación. Es lamentable que una vez en seguimiento de este sendero y en contubernio ya el mal gusto del que lee con la mala fé del que escribe, no paran en su propósito hasta popularizar una literatura vacua y funesta, negación de todo arte, cuando no cobijo y amparo de ocultos, inconfesables móviles

Si es de tu agrado continuaré exponiéndote las reflexiones que este asunto me sugiere.





VIII

Hoy ha batido en todo el pueblo una brisa de intensa tragedia. Y las horas de este Domingo, que iban a ser de regocijo, se volvieron crueles, de una angustia infinita. El día, al amanecer luminoso, fué luego saturándose de un recogimiento silencioso y triste, como si el Campo-santo aldeano hubiese extendido su aire y su tierra para que penetraran por las hendeduras de las casas, y se cuajaran en los árboles, y se reflejaran en todo el paisaje y en las personas labriegas.

F. García y García

Anegado de claridad de la mañana, estaba el vecindario en fiestas, y las campesinas luciendo el mejor traje y la flor más fragante que encontraron. Había baile entre los jóvenes, en la Sociedad—un saloncito y un patio y una enredadera que olían a limpieza, a humedad de tierra regada y a semilla en germinación. Entonces llegó el soldadito a despedirse, porque iba para Africa a pelear por España, según dijo. Todos los años anteriores había él venido al baile, y también hoy estuvo bailando con todas, y con todas bromeó de la guerra. Pero nublando la franca expresión que había en su rostro, adivinábase como helada en sus ojos la amargura de no poderse quedar. Todos quisieron reír, pero la visión desolada del campo de batalla se había clavado ya en el alma de estos campesinos.

Caracteres y paisajes

Ahora está el soldado contando por qué se ha cuajado en su mirada todo el dolor de la partida. Y habla de su madre, una madre viejecita que no tiene otro hijo y se morirá de angustia en la ausencia. Los que oían sintieron como muy dentro de ellos la soledad de esa madre. Algunos habrían querido ser sus hijos. Una moza le dijo a su hermano que en las noches iría a besarla, y otra dijo que iba a estar en su compañía todo el tiempo de la guerra, y una tercera le prometió al soldado que rogaría por su vida hasta que volviera. Y el muchacho juraba muchas veces que por todas las mozas del baile y por su madre— ¡tan buena!—publicarían los periódicos su nombre entre héroes algún día.

Y mientras te escribo, quisiera saber por dónde va mi íntimo pensar y por qué esta noche lucen

F. García y García

más claras y cercanas las estrellas, y por qué se ha ido de nuevo al camposanto la tristeza que por la tarde se había desleído en el caserío. Y te aseguraría que es más penetrante el aroma que sale de los huertales y que hay mayor placidez en mi espíritu, como si estuviera un alma gemela a mi lado...





IX

Tú llamas revelaciones a estos comentarios míos acerca del raquitismo en el arte regional, pero advierte que no es hacer revelación de una cosa decir de ella lo que sabemos todos y está en el ambiente. Señalar en nuestros artistas y en el arte que desarrollan lo que tienen de pintoresco, no es descubrir ningún nuevo aspecto, sino exponer en forma ordenada lo que anda disperso, para que llegue más fácilmente al conocimiento de todos. Y como calificas de sugestivo el asunto, he de ha-

cerlo objeto frecuentemente de mi correspondencia.

Tengo observado que el silencio pertinaz de nuestros buenos o aceptables escritores favorece por modo indirecto la irrupción en el campo literario de toda una caterva de señores con plumaje variado y vistoso, casi indocumentados o indocumentados totalmente, y todos con cierto denominador común o distintivo genérico formado por el mal gusto y la despreocupación en amalgama. Puesta ya en marcha la caravana de estos malos artistas y en plan de conquistar a la opinión, dedícanse para llegar pronto hasta ella a ejecutar los más variados y originales sistemas del arrivismo literario, dando origen a una curiosísima ciencia que bien podría denominarse «Estrategia literaria» o más gráficamente, «Método que los escritores adocenados acostumbran

Caracteres y paisajes

practicar para que las gentes crean que son notabilísimos escritores».

Te referiré para tu solaz y divertimento uno de estos métodos. Pasa como el más extendido el que el vulgo ha dado en llamar «Reclamo mútuo y recíproco», para organizar el cual se constituyen en camaradería y forman sociedad anónima por el tiempo de algunos años, los precisos para inculcar en los incautos la creencia de que todos y cada uno de los anónimos es un genio o simplemente un prestigio literario.

Ya en marcha la entidad, empiezan a gemir las prensas al primer suspiro o lágrima literaria que en prosa o en verso se escape a cualquiera de los consocios. El capital social está constituido por las frases *escritor excelente, exquisito poeta, prosista im-*

pecable, retoza (!) en las páginas del libro un optimismo sano y confortable, y diríase... Y con un caudal de expresiones iguales o parecidas obtienen a veces tan formidables ganancias que en pocos meses el capital inicial se triplica.

Algunos accionistas suelen retirar sus aportaciones por falta de equidad en los dividendos, pues mientras hay socio que redondea su personalidad artística en poco más de un año, otros pierden las ilusiones en esperas interminables. Los instituidos gerentes son casi siempre los más gananciosos. Todos acaban por ser consagrados artistas notables.

Y esto es de lamentar, querido amigo, porque así, entre timo y timo, se van perfilando estos falsos prestigios literarios, en tanto el arte cada día

Caracteres y paisajes

más en bancarrota, no puede operar el milagro de su propia elevación ni hacer más digna la vida de todos, si acaso fuera vivir esto que hacemos cotidianamente.





X

RECIBÍ oportunamente tu carta, en día en que estaba mi espíritu en tormenta y no sabía por qué. Si bien han transcurrido unos días, ya ves como te envió al fin mi respuesta, que has de leer con la complacencia que en tí es de siempre, y sin achacar a ofuscamiento de mis sentidos lo que es trasunto de mi diario trato con gentes de tan diversas cataduras, que bien merecen una clasificación tan rigorista y zoológica que cada persona tuviera una designación determinada y viviera aisladamente el

mundo suyo en casa, bosque, caverna o pocilga, y colectivamente en población, rebaño o piara.

Mal encaminado andas, amigo mío, con tu pretensión de fundar aquí una escuela de buenas costumbres. Casi no encontrarías materia prima donde ejercitarte, y en la importación no debes pensar por ahora, este ahora exclusivamente frutero y mercantil. No creas aunque en más de una vez lo hayas oído, que tenemos buenas canteras. Es una más entre las numerosas leyendas nuestras y una reputación falsa de la que todo el mundo hace burla. Son canterías *blancas* que apenas sirven para frontis. Y lo que ocurre con el *valor* canto, sucede también con otros valores de física y de moral, que están falseados o no existen. Se vive con muy poca alimentación y no se piensa en nada. Si un día, amigo mío, llegara el

Caracteres y paisajes

termómetro a treinta y cinco grados sobre cero, nos evaporábamos sin dejar huella. Y como de todo se sabe muy poca cosa, los que a sí mismos se llaman intelectuales carecen de los quilates precisos, y algunos que de verdad los tienen, no gustan de que se les diga por el bajo nivel a que ha llegado entre nosotros este elemento social. Es lástima que no se conozca todavía la palabra que exprese exactamente al falso intelectual. Cuando alguien se aplica el mote de intelectual como si fuera coraza o disparadero, deberíamos hacer algo con el tal. La mercancía que no tiene precio se repudia, sandía podrida o cerebro averiado.

Nada está en el sitio adecuado. Tendría que haber un presidio enorme y monumental que tuviera por límite al mar y fuera perpetuamente mansión de

ciertos concejales y de todas las mujeres livianas. Creo que si nos fuera dado no ver nada en mucho tiempo, y de pronto abriésemos la razón de par en par para saber en una hora lo que tardamos toda una vida en aprender, era cosa de poner junto al presidio un manicomio más monumental y más enorme. Pero a todo nos vamos habituando, poco a poco. Aquel que discursa sobre la caridad, está cobrando tres sueldos y estudia, mientras diserta, la manera de arrebatar el pan a quien viene pereciendo de hambre. Este otro, escritor lírico, aspira a redactar brillantes páginas abogando por el triunfo de la igualdad, la libertad y la fraternidad, y ocurre que fraternalmente metió en deshonra no ha mucho a una dama, que quedó infamada.

Presumo que has de sonreírte si te digo que so-

Caracteres y paisajes

lo dos columnas del edificio social se conservan aquí incólumes: la Justicia y la Política. No seas malicioso ni caviles que es porque se prestan mutuo apoyo. Es respetada la Justicia—¡oh, la Justicial!—y a la Política se le admira. Pienso que con esto no basta. Yo imagino, amigo mío, que hace falta esculpir una denominación nueva y un sustantivo enjundioso que fueran como las insignias de un ideal distinto a los viejos ideales de la tradición, ya decadentes; y como sanción, en fin, un extraño Código de castigos para quien infrinja los mandamientos de esa vida mejor. Por que coincidirás conmigo en que el gran problema, vivo y palpitante siempre, es un problema de Derecho Penal, o mejor dicho, de aplicación de Derecho Penal. Y enseguida, un Poder juzgador severo e implacable que limpiara pronto de

F. García y García

pillos y de truhanes, vistan sus miembros levita, toga o blusa.

Antes de que te decidas a eso de la escuela, piensa bien en que pudiera ser te el negocio ruinoso. De todos modos, cuenta con mi amistad, que te daré sin intereses, y prepárate a toda cosa pequeña. El pan tal vez no te falte nunca, aunque a ratos el veneno te quemará los labios. Pero aquí me tienes a mí, que ni siquiera me he muerto.





XI

Apoco que te fijes, observarás cómo la gente no conoce a los literatos insulares por lo que producen, porque ellos suelen no producir nada. Tú mismo, que lees y estás atento a todo movimiento artístico-isleño, sabes que existen por alguna que otra estridencia literaria lanzada por un miembro de la pintoresca cofradía, o bien por los baratos diti-rambos que de unos a otros se disparan desde los periódicos locales adscritos a la Entidad. Alguna vez la frase alabanciosa o el artículo encomiástico han

sido escritos por el mismo ilustre cofrade a quien va dirigida la loa.

El vanidoso señor H, que no es literato, ni periodista, y que ni siquiera es nada, publica en propia celebración: «... *temperamento de artista, espíritu cultivado, el señor H ha puesto en su obra...*» Este señor H no ha puesto nada en su obra, porque nada tenía que poner, pero él dice esto de sí mismo al dar la noticia de la aparición de un libro suyo. Sin embargo, H ni es espíritu cultivado, ni tiene temperamento de artista, ni sabe escribir bien un sencillo artículo de periódico. El espíritu, amigo mío, es cosa que debe saberse llevar con soltura, para no caer en feo pecado de ridículo y de ostentación. ¡La peor ostentación! Esto, cuando se posee, que cuando se carece de él, bien vale la pena de encerrarse en

Caracteres y paisajes

un prudente silencio para no ser descubiertos en plena desnudez. Mas, no se resignan a esto, y así está el arte continuamente rastreando. Tú comprenderás que si no fuera por ese lamentable agotamiento a que ha llegado el arte regional, no tendrían objeto estas reflexiones mías, a las que yo quiero dar todo el significado de un anhelo renovador.

En tal sentido, quiero darte una ligera visión de nuestro mundo literario. Para iniciarse en literatura, se practica aquí un sistema desconocido en otras latitudes. El que quiere ingresar en la religión del arte y recibir sus aguas bautismales, ha de empezar hablando mal de todo el mundo en una permanente elaboración de frases hirientes, y ha de manifestarse a toda hora descontento de lo que hagan o digan los demás. La gente ha de ser llamada, despec-

tivamente *plebe*, y *plebeyos* los ciudadanos de buen sentido, y alguna vez ha de zaherirse a cualquier boticario o a todos los boticarios. La *plebe* y los boticarios tienen aquí una intrincada acepción literaria y una brillante tradición artística. Así que los malos literatos se hacen diestros en el manejo de unos cuantos vocablos mortificantes, es obligación emprenderla con los ciudadanos que han logrado acumular algún dinero en interminables horas de trabajo. Después, cuando ya van para maestros, hacen blanco de un continuo disparar de balas literarias a los comerciantes. Este es un motivo eminentemente artístico, y de una extraordinaria profundidad filosófica, además. Y convencida la opinión de que para ser buen artista hay que llevarse mal con la gente acaudalada y con los comerciantes, fuerza es llamar insula—sancho-

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

pancescamente—a la isla, y a sus habitantes—de los cuales ellos se auto-excluyen—insulares. La táctica es muy original y da una gran reputación. Y por último, cuando ya se está en la antesala del triunfo y días antes del éxito definitivo, se apela a un recurso extremo, siempre de magníficos resultados, cual es: las butacas del Casino y la terraza donde estas butacas están frecuentemente colocadas. Llegar hasta ellas cuesta algún dinero, y quienes no lo tienen se consuelan lanzando piedras periodísticas a la casa cuyas puertas no pueden franquear. Por lo demás, el tema es de una gran emotividad, y no se concibe la consagración de un literato isleño sin que antes haya desarrollado sus puntos de vista—jirónicamente, amigo mío!—acerca de las butacas del Casino. Luego, se sientan en ellas, si un amigo socio los invita.

¡Son muy ilustres y muy simbólicas estas butacas del Casino! ¡Yo te aseguro que los malos literatos las harán pasar a la historia!

Y con esta enormidad de cultura y un traje deteriorado para poder escribir burlas de quienes lo llevan flamante, ya tenemos en circulación a un prestigio isleño. Claro es, amigo mío, que el arte en un descenso alarmante, sigue mientras tanto en decadencia, hasta desaparecer. Esto es, a la postre, lo que quiero evitar.

.....



XII

PUESTO que coinciden con las mías tus apreciaciones y me invitas, además, a que te siga escribiendo en el mismo sentido, he de hacerlo con gran satisfacción de mi parte, pues ello me servirá de distracción, que bien necesitado estoy de ejercitarme en algo que dé interés a estas horas de quietud forzada. Desde hace tres días me retiene en el lecho ligera indisposición, y es lástima, por que han sido los primeros de la primavera de este año, y ha habido como un saludo del sol para las mieses y en el aire

como un alarde de suavidades que penetrando por las hendiduras de los balcones, han llegado hasta mí generosamente. A punto he estado de reirme de la fiebre y lanzarme a pleno campo, que es tan hermosísimo ahora; pero no debo hacerlo, y así continuaré desarrollando mi asunto y dando entretenimiento a mis ocios.

Algo te he dicho ya de las sociedades anónimo-literarias de protección a la ignorancia, por el ingenioso procedimiento de los bombos mútuos. Lo que no sabías aun es que cuando estos organismos singulares empiezan a funcionar normalmente, va pronunciándose cada vez más la distancia que mantiene en separación al buen escritor del escritor arri-
vista, pues una de las necesidades que con más imperio se deja sentir desde los primeros momentos en

Caracteres y paisajes

el gremio de los malos es la de despotricar de los legítimos prestigios con la ruin tenacidad que la mala pasión pone siempre en lo que inspira.

Una vez que se ha llegado a producir esta inversión de valores literarios, aparece como consecuencia inmediata otro fenómeno tan irritante y lamentable, y desde luego extraordinariamente funesto para la vida del arte. Me refiero al monopolio que los escritores asociados se empeñan en ejercer en cosas del espíritu, como si se creyeran en posesión de alguna ciencia infusa, en cuyos dominios solamente a ellos estuviera tolerado penetrar. Esta pretensión acarrea un grave mal, pues lo que debería ser tan común como el aire y el sol, el Arte tan augusto, sufre bien pronto una dolorosa reducción, para terminar encerrándose por completa derrota y

en total desengaño, en algún antro literario, redacción de periódico o banco de plaza municipal.

En tal punto, se intensifica la faena de morder a quien no ha logrado acciones en la Banca literaria, y bien se posan para picar como mosquitos o arañan como haría cualquier gato de tejado. Y adoptando una *posse* despreciable, engañan a los que debieran educar y se hacen pasar por raros y extraños personajes de nigromancia, porque los malos escritores y los falsos artistas viven en un lastimoso afán de popularidad, y el misterio *brujesco* de las cuevas literarias ejerse en la incultura de ellos cierta irresistible atracción.

Y así, lo que debe darse a los demás en una continua, interminable colaboración espiritual, sirve a los malos artistas para crear feos, ridículos gestos

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

de una superioridad decididamente grotesca, y llaman necio a todo el mundo y dedican sus más irreverentes diatribas al que no se ha suscrito, por pudoroso, en la maquiavélica entidad del reclamo. Lo de menos es obtener estimación, porque lo importante es adquirir popularidad, y todos los caminos son buenos y todas las rutas seguras si el nombre ha de sonar al fin. ¡Sonido funerario merecería ser, amigo mío!

Es lamentable que a veces la magnanimidad de los buenos se prodiga irreflexivamente y da en amparar a estos malos literatos. Tal vez sea porque el artista verdadero, alma de niño al fin, propende a dar a los demás virtudes de las que le sobran.

Pero sí he de decirte, para no regatearle nada a la verdad, que esta transigencia de los buenos es la larga la consagración definitiva del enjambre, que continúa picando.



XIII

A sí es nuestro arte, el que los falsos cultivadores del mismo han venido generalizando en el transcurso de algunos años, hasta imponerlo al fin. Y no es en una, sino en todas las manifestaciones del arte, porque la literatura, la pintura y particularmente la arquitectura, han sufrido la nefasta influencia de estos espíritus desorientados, sin cultura, faltos de inspiración o simplemente mercantilistas. El arte de construir es entre nosotros una cosa absurda, chabacana, de un mal gusto inverosímil y absoluto.

(63)

F. García y García

Ello es inexplicable, porque la naturaleza nos muestra pródigamente el tesoro inextinguible de sus atractivos. Frente a la ciudad se extiende el mar, de amplia perspectiva y dilatados horizontes, y su superficie, tersa o encrespada, está siempre brindando el caudal de su belleza inacabable, despertando emociones que todo amanecer renueva, como si el eterno beso de la luna en cada noche hiciera inagotable la virtud que tienen sus aguas de suavizar las pasiones de los hombres y dar a la tierra cercana que se deja acariciar la perenne alegría de sus rumores misteriosos. Luego, al otro lado de la población, como si las montañas que le cierran el paso con su aridez se hicieran más generosas al prolongarse, se extiende otro paisaje, el de los campos llenos de serenidad en el remanso de los valles, o ariscos, fuertes y abruptos.

Caracteres y paisajes

tos, cuando se rompe la uniformidad del llano en el laberinto de otras montañas más altas y lejanas, cuyas entrañas rocosas dejaron al desbordarse derretidas profundas arrugas en las pendientes, como huellas de brutales desgarramientos.

Pero Las Palmas, prisionera en un círculo más allá del cual nos invita el mar a su grandeza y los bancales labrados y fecundos nos hablan de generosos entregamientos y de nobles producciones, no ha sabido sin embargo dar a su vida un sentido estético, ni contenido ideal a su esfuerzo cotidiano, para que la tristeza invencible de nuestro aislamiento geográfico pueda tener el revulsivo eficaz de una preocupación colectiva, que dando mayor cordialidad a las horas presentes, atenúe la soledad de cada persona en cada día.

F. García y García

Y hemos de dejar que alguna vez el mar ejerza su influencia o que el sol del campo nos ore. Un ideal colectivo o un afán que circule al menos por la ciudad. Religión de arte o simple empeño ciudadano, si acaso no tenemos el hábito de empresas mejores. Algo, en fin, que sea como un novísimo deporte, *foot-ball* original y extraño en el que un *goal* se hiciera cuando el jugador enriqueciese nuestro acervo espiritual con un valor artístico, científico o social. Ocurre pensar que quienes pretenden merecer consideración como artistas, admiración como escritores y como políticos toda confianza, y los que aconsejan por su saber, influyen por su prestigio, crean por su talento y por su autoridad se imponen, han de dar a nuestro pueblo inquietudes que no tiene, pues toda actuación se olvida cuando no se

Caracteres y paisajes

acertó a infundir substancia y densidad en el alma popular.

A esta obligación están principalmente vinculados los que consagran al arte desvelos y aficiones. Y más que todos, los literatos y periodistas que gozan en la opinión de ascendiente aprovechable.

Ya hemos dicho que en este concepto la labor de nuestros escritores regionales ha sido negativa.



XIV

Hoy me ha bañado el sol esplendorosamente. Una hora de sol después de algunos días de llovizna, es como una palabra de cariño entre infinitos desengaños. He abandonado el lecho muy de mañana y he ido hasta los montes cercanos. He saboreado una perfecta sinfonía de acordes ignorados. La Naturaleza toda canta un himno de gloria y se santifica a sí misma en un momento de egolatría y de sensualismo, como si tuviera conciencia de su hermosura. Una rosa se contempla con refinada coquetería en el cris-

tal de una fuente, cuyas aguas, en cascada, van a un sitio próximo. He sentido la tentación de cortar la rosa para abatir su orgullo de un día y lucirla en el ojal.

Pero reflexiona un momento, amigo mío. Transige con las debilidades de los demás y sé compasivo con los que un día pretendieron despreciarte. Sigue tu camino, que la altiva rosa que se miraba por la mañana en el cristal de la fuente, en un triunfo de aromas y de coloración, será por la tarde, cuando el sol no luzca, un despojo más, y sus hojas marchitas irán a enturbiar la fuente, espejo de una juventud que duró un día.

Los afectos fuertes, que son emanaciones del alma, no tienen juventud ni vejez, y lo mismo brillan bajo la alegría del sol que en un día nublado. Afecto

Caracteres y paisajes

que no resista una contrariedad y cariño que no sea igual ayer que hoy, no merece un minuto de tu vida, aunque tú te empeñes en consagrarle lo mejor y más florido de tus años.

Da tu alma, mi amigo, a quien la merezca, y cree entre todos los cariños, en el de tu madre, que ha de alentarte más allá de tu vida. Y acostúmbrate a poner a toda hora rostro risueño, como si tu espíritu no sufriera tormento, que si tienes amigos y el amor de una mujer gustarán de verte alegre, porque ellos no han de pararse a escudriñar lo que está más allá de la carne.

Si has de brindar tu amor a una mujer, no te des a ella como eres y guarda siempre lo mejor de tu cariño, que la mujer podrá abandonarte algún día, pero el tesoro de tus afectos sobrevivirá a todo contratiempo.

F. García y García

Y has de tener en cuenta, amigo mío, que nunca serás como tú eres, sino como los demás quieren que seas. Y no olvides que los buenos sentimientos no se cotizan en el mercado. A veces vale más una sonrisa oportuna que todo un poema de amor y de cariño. Aprende a sonreírte con distinción y a decir que sí a toda cosa. Y aprende, además, a cantar un pasaje de ópera italiana para que diviertas a tus amigas, las mujeres. De lo contrario, te dirán que no eres pintoresco.



XV

YA se halla a la venta el nuevo libro de González Díaz—me escribes. Es la mejor noticia que has podido trasmitirme a este rincón apartado. Sé que es un tomo donde el autor recopila trabajos publicados casi todos en *Diario de Las Palmas*, por cuya circunstancia recordaré muchísimas páginas de las que aparecen en este volúmen, ya leídas por mí con la curiosidad pocas veces defraudada que despierta la firma de nuestro escritor. Consagrado González Díaz a una tarea literaria obstinada y perseve-

(73)

F. García y García

rante, es sin duda el autor que más ha producido en la región. ¿Es, también, el que ha producido mejor? Lamentable es afirmarte que su obra no ha sido aun estudiada con la cariñosa atención que merece. Una labor literaria vasta y fecunda como la suya, es acreedora a un elogio mayor que un comentario trivial. Se tiene de este escritor un conocimiento a mi entender incompleto, en el que apenas entran los valores estéticos que enriquecen su obra, la orientación que le guía ni los nobles estímulos que dan constancia a su pluma. Cuantitativamente, los más alejados de toda afición literaria saben que González Díaz ha escrito mucho. Cualitativamente, en cambio, ni los más diestros en valorizaciones de esta índole, han dedicado un minuto ni una cuartilla a examinar a este escritor varío y complejo, que habituado a encerrar sus impresiones en la ligereza de los artícu-

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

los periodísticos, sabe darle sin embargo mayor densidad a su pensamiento cuando ha de exponerlo en las páginas de un libro.

Esta incompreensión general en que se ha desenvuelto la labor literaria de González Díaz no es por un especial desdén hacia este autor ni por lo tanto una consecuencia del juicio imparcial e inteligente que a los demás merezca su obra. Y si esto pudiera causar desalientos en el escritor, que advierte el desamparo en que están sus hijos espirituales, no ha de engendrar pesimismo respecto al propio valimiento personal. Cuando los demás desdeñan, desdeñar con ellos es sumarse al coro y poner el esfuerzo al nivel de los que no pueden elevarlo. La superioridad consiste, entonces, en recoger lo que ofrecen los demás para hacer con ello una difícil transformación y devolverlo transmutado y hermoso por la alquimia ge-

nerosa que los artistas han de aplicar a todo y a todos. Ser todo lo vulgar que se necesita para dejarse amargar por el absurdo espectáculo de la farándula diaria, es tener el ánimo predispuesto a indignarse por cualquier cosa, por si un alcohólico nos molesta al paso. Es no tener compasión por todos los pobres alcohólicos. Apliquemos la teoría a los groseros, a los envidiosos, a los imbéciles, y una ancha ruta se abrirá al espíritu sin broza y sin zarzales. Y en tal caso, hombres como González Díaz no tendrían que esconder su decepción en el aislamiento de un retiro, porque bastaría poner en sus labios la sonrisa del hombre superior que sabe acorrallar sin desprecios y triunfar sin proponérselo.

Por lo demás, no he de suponer yo, mi buen amigo, que González Díaz, el autor de tantos libros

Caracteres y paisajes

admirables, pertenezca a la familia de escritores que la Rochefoucauld formaba con los que «creyendo tener algún mérito, se vanaglorian de ser despreciados para convencer a los demás y a sí mismos de que son dignos de ser perseguidos por el Destino». Creo más bien que la invencible tristeza de González Díaz, tan suya y tan persistente, es algo connatural y orgánico que al reflejarse en toda su obra, se observa en cada uno de sus libros como el fondo desolado, obsesionante y monótono sobre el cual se debatieran temas de muerte para quitar méritos al empeño del artista y apagar el brillo de pedrería legítima de muchas páginas bellamente escritas. Pecaminoso sería discutir la sinceridad en el pesimismo del autor de «Visiones del mar y de la playa». Mejor es decir que este achaque de su sensi-

F. García y García

bilidad se recrudece y vibra al contacto de las cosas pequeñas, convertidas por su temperamento en averiado material literario y por su capricho en sustancia torturante. Y este foco enfermizo, sedimento de impurezas que otros escritores recatan o distribuyen discretamente, en González Díaz es caudal que se desborda, sangre en que hunde la pluma con delectación. Un mismo panorama tiene distintos puntos de perspectiva, o por mejor decir, el punto de perspectiva radica en el hombre. Y el mismo contacto produce sensaciones diversas, engendra estados de ánimo diferentes, porque el generador está en nosotros y no fuera de nosotros, como a veces hace creer el propio extravío. La adversidad tiene para todos el mismo gesto áspero. Solo que algunos, fuerte el espíritu, han aprendido

Caracteres y paisajes

a saludarla amablemente y a seguir de largo cantando un cuplé de moda.

.

Fomentado por Guyau, Eucken en Europa, y por Willian James, el gran psicólogo americano, desenvuélvese actualmente un sistema que H. Hoffding ha calificado de «filosofía de los valores». Tres de los libros en que se desarrolla esta nueva escuela, «La moral de Epicuro», «Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo» y «Los ideales de la Vida» son ahora devorados por millones de lectores, y pronto la influencia de los mismos en el espíritu moderno será tan notable como decisiva está siendo ya en la vida de los pueblos jóvenes de América, que no podían saciarse con los viejos conceptos degenerados por una circulación de más de veinte siglos.

La nueva tendencia que tan resonante éxito viene alcanzando, encaminase a imponer la alegría en la vida como el supremo valor, que no es el necio optimismo de las almas indotadas, sino la conveniente ecuanimidad para no dejarse esclavizar por nada. Ya el espíritu en seguimiento de estas disciplinas, pronto se aprende un apretón de manos distinguido y se adquiere la costumbre de ver el sol en los días de tormenta.

Y la prosa de González Díaz, brillante, colorista y espontánea, encontraría temas inagotables que embellecer.

.....



XVI

A Paquita Rodríguez Martín

AYER estuve en la Ciudad y me sentí aturdido, como si fuera de mucho tiempo mi alejamiento de todo bullicio. La calle Mayor me pareció cosa extraña, con la barahunda de carruajes en continua circulación y sus comercios abiertos para satisfacer la necesidad de unos o el lujo y la vanidad de otros.

Pero estoy en el pueblo otra vez, y ahora me siento un poco optimista, si bien con persistentes deseos de sumirme por toda mi vida en la tranquili-

dad de estas callejuelas solitarias. No te había dicho todavía que yo nací aquí y que a toda hora me asaltan ideas de cosas vividas en años ya lejanos, recuerdos de una época más feliz porque todo el camino era llano y la vida se me antojaba, para siempre, en línea recta. Te hablo, amigo mio, de hace veinte años. Desde entonces, ¡qué de cosas pasadas y cómo se ha ido empañando el alma!

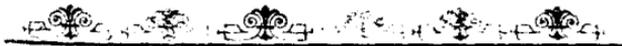
¡Mis bancos de la Plaza, donde tantas veces me senté con mis amigos, todos niños, a pensar en nuestro futuro recorridol También ahora me he sentado en ellos, y parecían saludarme como a un viejo camarada. Pero yo no pude hablarles con la voz de aquellos años...

¿Quién no ha revivido alguna vez las primeras emociones, llena el alma de la honda poesía que en-

C a r a c t e r e s y p a i s a j e s

cierran las cosas que nos fueron un día familiares? Yo quisiera sentarme ahora en la piedra grande que estaba junto a mi casa, donde hice los primeros descansos y donde tal vez llorara ya las primeras amarguras. ¡Qué de cosas le diría y cómo habíamos de entendernos!

Cultiva siempre estos afectos a las cosas de la infancia, y es muy posible que alguna vez necesites de ellos para paliar un minuto de tristeza. ¡Viejos, inolvidables recuerdos de nuestra niñez! Ellos son, amigo mío, el mejor refugio en las horas de renuncia, un remanso apacible donde no penetra el chacal ni azota el huracán, ni van turbias las aguas. Es mi sitio más apetecido para el reposo.



XVII

TOMÁS Morales, nuestro poeta, ha muerto. Ayer llegó hasta mí esta noticia impresionante, habiendo quedado mi espíritu un poco más en soledad. Yo sentía por él una profunda adoración. Si te digera que era idolatría, expresaría con más exactitud mis sentimientos. Conocí al poeta a través de sus versos esculpidos en piedra preciosa, y sabía del hombre porque era su alma una permanente emanación de afectos que iban a germinar luego en ajenos corazones. Y más tarde eran los ubérrimos frutos!

F. García y García

Los versos de Tomás Morales aprisionaron en prisión de oro todos los sentimientos. Y en una gama completa de matices despertó todas las emociones y engrandeció lo vulgar y lo cotidiano, porque su obra entera es un empeño de idealización, un ansia de que nada quedara mezquino a los ojos de los demás. Embelleció la vida, y la vida en cambio, le abandona para entregarlo a la muerte como triste trofeo. ¡Ahora que era más fuerte la obra del poeta y más pleno el corazón del hombre!

Todo lo ennoblecó su plectro, y como tenía en equilibrio el temperamento y de las cosas todas el adecuado concepto, era su musa el pensamiento cabalgando en la forma inimitable de unos versos sin tacha, que sugerían ideas al despertar emociones. Todo lo que escribió es robusto como

Caracteres y paisajes

su cerebro, pleno de emoción como se adaptaba a su espíritu. Y no veía en el mar el espejo de la luna, cada noche, como cuentan los poetas decadentes y apenados, sino la ancha ruta abierta a todos los comercios y a todas las actividades, y en la superficie la fecundidad de todos los trasatlánticos. Ni cuando se adentraba en el bosque advertía el susurro de las olas, la manoseada imagen, sino el retorcimiento del árbol milenario que cruje cuando el hacha del leñador parte sus entrañas. ¡Todavía el árbol generoso daba su savia a la tierra para los otros árboles! Así nuestro poeta nos enseñó a todos a quererle.

Se propuso Tomás Morales que sonaran todas las cuerdas de su lira, cultivando el arte regional y tratando de educarnos en el amor a la

F. García y García

ciudad, y su nombre al hacerse popular mereció el respeto de las gentes y la muda admiración de los que conocían su labor. ¡Y luego, era tan clara la vida del poeta...!

Yo presentía, amigo mío, la obra maestra que había de escribir Tomás Morales, aquella que le hubiese consagrado para siempre. Pero la Muerte vino antes. Me dicen que en los últimos días solía lamentarse tristemente:—Qué poca suerte he tenido!

Y es verdad. Su obra sin terminar, y sus hijos, mañana, que solo sabrán del padre por los versos que cinceló el poeta. Las cosas, amigo mío, no deberían suceder así.



XVIII

A Don Andres y D. Juan
Navarro Torrens, con motivo
de un homenaje.

ME entero por tu carta del homenaje que se prepara, y he sentido como unos vagos deseos de separarme unas horas de estos árboles amables para asistir a ese acto de franqueza y de intimidad, que será presidido por la austeridad de dos vidas ejemplares y ennoblecidas por muchos atributos, y los mejores. Consuelan un poco estas citas generosas, fiestas brillantes de ci

F. García y García

vismo celebradas para que acudan los fieles a saber de virtudes que fueron practicándose silenciosamente, teniendo el espíritu recatado y humilde, como indica el precepto evangélico.

Tal vez por ello, amigo mío, no tendrá el agasajo que se proyecta la resonancia estéril de esas apoteosis llamadas gloriosas, donde es hábito derrochar de todo y la vanidad hace por costumbre ruidosas explosiones. Pero será, en cambio, un sencillo motivo para admirar en honrada compañía a dos ancianidades venerables que han logrado recorrer su sendero—¡tan interminable como se hace!—sin el acoso de un remordimiento ni la tortura de un mal que se causara. Estos dos hermanos que anduvieron tanto tiempo por caminos diversos y alejados, pueden hoy que ya están juntos—y si acaso han llevado cuenta

Caracteres y paisajes

—abrir el libro por una página o por todas las páginas, escritas como están sin manchas ni raspaduras, ya que no pudo nunca enmendarse lo que se hizo siempre bien hecho. A lo sumo, alguna veladura del papel puede que les traiga el recuerdo de una lágrima vertida hace tiempo o ayer mismo, si les dió una ingratitud pesadumbre. Pero enseguida habrá vuelto el olvido, que de esto no hay que acordarse cuando se continúa ejerciendo el bien.

Me imagino, pues, que será modesto el homenaje, y no habrá en él concurrencia alguna de agradecidos ni cohorte de esperanzados, ya que estos dos viejecitos nunca dieron cosas de valor, como no fueran muchas pruebas de ser virtuosos y buenos, ni pueden poner en ofrecimiento otro caudal que no sea el integrado por los más fecundos sentimientos de

esa misma bonhomía. Tampoco tuvieron nunca a la ostentación por pregonera, ni hicieron alarde pudiendo hacerlo de lo que otros sin tenerlo pretenden prodigar.

Así son, mi buen amigo. Uno tan patriarcal, repartiendo como médico de gente la más pobre y desamparada los recursos de su ciencia y los consuelos que la experiencia inspiraba, siempre de cara al dolor de los demás; y el otro haciendo de su toga de Magistrado una escuela de honradez, para que no se rompiera en girones una investidura que no puede llevarse sino como la ha llevado él, bien merecen estos dos varones de ilustre abolengo que en el solar nativo se les proclame caballeros modelos, para que se den cuenta los que van tegiendo innoblemente la farsa cotidiana, amparados por el aturdimiento de todo el

Caracteres y paisajes

farandulismo en marcha, que aun la virtud tiene en la Ciudad su albergue, y un eco en los ciudadanos a ratos.

En la fiesta todos encontrarán estímulo: unos para continuar en los que son, y varios para no ser lo que vienen siendo.





XIX

Te agradezco el envío que me haces del último libro de *Jordé*, "Burla burlando". Tengo por regalo de gran valía este tomo de José Suárez Falcón, el meritísimo escritor. Ayer lo he leído mientras un árbol sombroso me protegía de las inclemencias de un día soleado, como si fuera de verano, como si entre el llorar apenante de estas horas de invierno se hubiese abierto un paréntesis de luz para desentumecer el cuerpo aterido. Saboreé, pues, la lectura.

Jordé no es pedante. La misma sencillez de su vida estudiosa se refleja en su obra, seria, meditada, de un alto valor literario. *Jordé* no es feligrés de nina

F. García y García

guna parroquia pseudo-culta ni accionista de la entidad del "Bombo mutuo". Ha imaginado que escribir bien es más meritorio que tener genialidades prestadas, y perfecciona tan primorosamente sus aficiones literarias, que hoy, ya que no el único, es entre pocos un escritor de sólido prestigio que sabe expresar sencillamente lo que piensa. Parece como si su pluma nunca hubiese vacilado porque haya tardado en surgir el término preciso. Su prosa es diáfana y resuelta, y adjetiva con parquedad. *Jordé* no escribirá nunca una frase cursi, como no usará jamás botines blancos ni tratará irrespetuosamente a Benlliure, ni dirá majaderías de Benavente, ni pregonará ningún lífrico desconsuelo porque un día la iniciativa municipal descuaje de una plaza pública cualquier árbol centenario y podrido. *Jordé*, también, tiene a los co-

Caracteres y paisajes

merciantes en muy buen concepto, no le dan envidia los caudales ajenos ni le molestan los exportadores. Admira a Ortega y Gasset, lee con asiduidad a Azorin y le inspiran un sincero afecto el carácter y la conciencia de Pí y Margall, de ese hombre que «no conoció la farsa ni los contubernios al uso». Campoamor le sugiere frases de una alabanza rendida, y reconoce en él al periodista político agudo y siempre ingenioso, junto al poeta que creó la dolores, el pequeño poema y la humorada». Galdós y Menéndez Pelayo ocupan el capítulo más extenso de la obra. De Villaespesa dice que es «un lírico amplio, flexible, opulento y emotivo», y aunque no cree que sea un «condor capaz de remontar el vuelo a las más altas regiones de la belleza y la emoción, es, sin duda, un pájaro de pico de oro que sabe entonar lindas canciones». De la

obra de Tomás Morales hace un análisis meditado, tal vez el único que se ha publicado del poeta. Sin embargo, no recuerdo que *Jordé* estuviera llorando al borde de la tumba de Tomás Morales. Si acaso, lloró en su casa, sobre las cuartillas, cuando estaba valorizando la producción del malogrado cantor del Atlántico.

«Burla burlando» es un libro hecho de acotaciones que fué escribiendo un periodista en distintos momentos y sobre temas diversos. Tiene como tal, la fluidez de lo que fué concebido momentáneamente, mientras el cajista esperaba las cuartillas. Por eso en el libro es doblemente apreciable la consistencia de criterio, la exactitud de las observaciones y la discreción con que *Jordé* va poniendo un comentario a todos los motivos de actualidad que solicitaron su

Caracteres y paisajes

atención en los breves minutos que suele dedicarse a un artículo periodístico. De ahí que continúen siendo actuales sus trabajos, porque el periodista ha purificado los temas de todo accidente insulso para darles un carácter de sustancialidad tal, que más parecen meditados estudios de gabinete que transcripción de impresiones fugaces.

La fluidez que se acusa en la obra no solo está en la forma, sino también en la espontaneidad con que se desarrolla el razonamiento y van enlazándose los juicios en una ordenación lógica. Si algún esfuerzo se realiza, es para limpiar el tema de superfluidades o para reprimir el deseo de insinuar un comentario burlón, como si el autor temiera revelar este aspecto de su personalidad literaria. Es fácil adivinar, amigo mío, que *Jordé* escribiría sátiras formidables si se propusiera hacerlo.

F. García y García

Jordé es modesto, tal vez excesivamente modesto. Presumo que sabe lo que vale, pero no le da importancia y hasta dice lo contrario. Puedes tener por seguro que nunca se oirá llamar literato distinguido ni atildado prosista. Para ello le sobran méritos y le faltan acciones que le den hegemonía en la entidad del reclamo. Sé, en fin, que *Jordé* no ha sentido todavía remordimiento por haber agraviado a alguien injustamente. El suele llegar a su tertulia, saluda afectuosamente y se sienta. Y empieza a oír y a sonreírse, y luego sigue haciendo ambas cosas. Algún comentario a lo que hablan los demás, muy pocas veces. Más tarde, dice adiós y se marcha.

Decididamente, *Jordé* no es un hombre genial, ni siquiera figurará en el libro de los isleños notables.



XX

LAS horas desesperantes del descanso provincial, el silencio claustral de cada siete días en las calles de la ciudad, ya estarán recibiendo la algarabía extrañamente turbadora de los turistas americanos, que según me dices habrán arribado a nuestro Puerto en la mañana de hoy, Domingo. Desembarcarían los excursionistas curiosos y anhelantes, en quietud el ánimo por la continuada visión sedante de las aguas inmensamente extendidas, y vivo todavía el recuerdo de la lejana Nueva-York, que quedó atrás fecun-

F. García y García

da y trajinante, obscurecida por el humo de sus chimeneas y hundiéndose, como tragada por el abismo, cuando las hélices del barco iniciaron el formidable batir de sus aletas para precipitarse por la ruta de la vieja Europa, inolvidable.

La caravana andariega y navegante alterará la paz de desierto de nuestra existencia resignada. Y la ciudad se agitará en fugaces palpitations desconocidas, como si una nueva vida pasara muy cerca, rozándonos. Ellos apreciarán en nosotros el deseo que tenemos de serles agradables, la alegría de nuestros campos fecundos y el tesoro de nuestro clima incomparable. Al marcharse, tal vez dejen un poco más intensa la amargura de quedarnos. Y luego, para que no lo olvidemos, la emoción de la inmediata partida, y el barco que los lleva a visitar otros pueblos, para

Caracteres y paisajes

que borren pronto el primer descanso en la marcha y la primera casa que se abrió al paso.

Los pueblos de América, amigo mío, sienten el orgullo de ser jóvenes y el halago de sus riquezas fabulosas, que han acumulado con inconcebible actividad. Pero los caudales no han servido para adquirir lo que solo el tiempo ha ido escribiendo en la Historia de las antiguas razas y de las viejas Naciones, que fueron extenuándose en el curso de tantos siglos.

Y vienen, por ello, a esconderse en los rincones de las agotadas ciudades europeas. Entrarán en Lisboa, que se abre sobre el mar como un fantástico escaparate de joyas orientales, con los palacios fastuosos engarzados en la umbría de sus montañas cercanas. Vivirán en Madrid el recuerdo de la pasa-

F. García y García

da opulencia de la Corte española, y a su paso por las calles bulliciosas sabrán de la hospitalidad castellana, que resucita hoy en el Nuevo Mundo exuberante. Se perderán en Córdoba y en Granada, donde parece que el tiempo se ha parado para eternizar una civilización, como se eternizaron los claveles en las rejas moriscas. Verán en la Mezquita la frondosidad inverosímil de un bosque de mármol, y en la Alhambra la realidad de una locura oriental labrada en ocho siglos para guardar la realeza de un Imperio y el imperio de mil voluptuosidades. Roma les hablará de las gloriosas tradiciones, y en las ruinas del Circo evocarán los sangrientos festines. Y amanecerán otro día en la Atenas remota, en cuyos Templos derruidos todavía los dioses vomitan las amenazas de sus cóleras y donde los artistas deja-

Caracteres y paisajes

ron las huellas inmortales. Y pasarán junto a los sitios donde comenzó el Cristianismo a latir, invadiendo las calles vetustas de Jerusalem.

.

.

Y cuando lleguen los turistas a la ciudad comercial y abigarrada y los peregrinos que hoy son nuestros huéspedes vuelvan a ordenar sus días en las oficinas comerciales, donde pasarán la vida trabajando, la añoranza de los pueblos venerables donde reposan su vejez las razas agotadas, pondrá un poco de nobleza en los rostros fatigosos y ajados por la dura labor.

Veamos pasar la caravana que solo ha de descansar unas horas en este mesón solitario, que abre en el Atlántico sus puertas acogedoras. La Isla deja-

F. García y García

rá en los viajeros el recuerdo de un abrazo cordial, el primero en la larga jornada andariega. Y la primera emoción fraternal, como el primer cariño, se guarda siempre a través de nuestros aturdimientos sucesivos.



BIBLIOTECA
DE
MARCELO MARÍN Y MARÍN

SE TERMINÓ LA
IMPRESIÓN DE
ESTE LIBRO EL
DÍA VEINTE DE
MARZO DEL AÑO
MCMXXIV

MIRANDA-LAS PALMAS